

Costumbres i creencias araucanas

UN MACHITUN

Se nos había comunicado que el 4 i 5 de Setiembre (1906) se llevaria a efecto un *machitun* cerca del pueblecillo de Quepe, situado al sur de Temuco i a distancia de un cuarto de hora por ferrocarril.

El *machitun*, ceremonia que se celebra para la curacion de un enfermo, se iba a verificar con el fin de obtener la mejora de Juanita Rosa Lemunao que desde cinco meses padecia de dolores rebeldes de cabeza i opresion al pecho que la privaban del sueño i la mantenian en constante angustia.

Juana Rosa Lemunao era india de como veinticinco años, de estatura mediana, algo gruesa, de color moreno claro con tendencia a rojo, algo tosca de facciones; pero no desprovista de simpatía.

Ya la conocíamos por haberla visto querellarse en una oficina pública contra su marido para separársele porque la trataba mal i «no le daba para sus faltas», es decir, no proveia a sus necesidades, i por el contrario, el mal hombre le arrebatava el fruto de su propio trabajo para emborracharse. Recordamos que el querellado se defendió con calor i enerjía negando redondamente todos los cargos de Juanita, quien, decia, pretendia dejarlo, azuzada por su padre, que

abrigaba el propósito de venderla nuevamente a otro *mapuche*, con el cual el viejo avaro tenía palabreado el negocio.

Pancho Francisco, que así se llamaba el marido, tuvo que hacer, según espuso en el curso de su defensa, varios gastos para su matrimonio, pues, además de regalar a su suegro, el viejo que estaba delante, animales vacunos, ovejas i dinero obsequio, entre otras cosas, a la mujer que querían arrebatarse un *chalon* comprado en el pueblo en la tienda de unos *gringos*. Además, gastó mucha plata para adquirir carne, aguardiente i vino i para mandar fabricar *mudai* que los convidados consumieron en la fiesta del casamiento. Agregó que no se separaría de Juanita Rosa, porque era su mujer, con la cual se había unido a la usanza de los *mapuches*; del modo que él lo hizo se casan todos los de su tierra i se casaron también sus antepasados. Juanita Rosa era propiedad suya, la había comprado i no debía, por esto, desprenderse de ella. Pero como minimum de sus exigencias, consentiría en el rompimiento toda vez que se le devolviera lo que le había costado. La *mapuche* repuso con viveza que no volvería a juntarse con él; le había servido bastante todo el tiempo que vivieron en compañía teniéndole siempre listo el alimento, labrando personalmente la tierra i cuidando la casa. Hizo más todavía, pues, para un viaje que Pancho Francisco efectuó a la Arjentina le tejió mantas, *lamas* i *pontros* i durante su ausencia sembró el campo a medias con un chileno, cosechando lo bastante para pagar las deudas que había contraído en el comercio del pueblo, en el que antes de irse, estaba muy *encalillado* e impidió así que el *chauchero*—denominación que los indios dan a los receptores,—les embargara sus pocos animales. Con esto podía considerarse pagado.

A las molestias que se tomaba correspondía el mal hombre con palos i bofetadas, sobre todo cuando se *curaba*, que era a menudo. En una ocasión la dejó baldada de un brazo a consecuencia de golpes que le propinó con un trozo de leña; otra vez le pegó en la cabeza con sus botas, i no satisfecha su rabia, quiso todavía estrangularla con sus propias manos.

Juanita Rosa despues de estos sucesos, vivia con su padre Manuel Lemunao, indijena comunero de la reduccion de Juan Huenchual, cuyos terrenos separados de los del anterior por cercas de alambre, distan pocos metros de su *ruca*.

En la tarde de la vispera del dia en que visitábamos a estos indios, habia ido Lemunao a pedir la necesaria autorizacion a Ambrosio, marido de una *machi*, a fin de que esta pudiera *machitucar* a la enferma.

Se nos dijo que la ceremonia habia durado esa tarde por espacio de una hora hasta que oscureció i que la *machi* no habia permanecido en la noche al lado de su cliente.

Nosotros sólo presenciámos la ceremonia que se desarrolló el dia cinco.

Del pueblo de Quepe nos dirijimos dos cuadras al Norte guiados por dos indios españolizados que nos iban a servir de intérpretes.

La lluvia de la vispera habia formado charcos, que, con la baja temperatura, se conjelaban en gruesos trozos de escarcha que al pisarse producian ruidos secos como cuando se aplastan fragmentos de vidrio.

Con dificultad salvámos la distancia de Quepe a la *ruca* de Lemunao: el terreno gredoso, remojado por la lluvia, oponia resistencia a la marcha, reteniendo el pié en su masa pegajosa.

A medio camino nos hizo observar uno de nuestros intérpretes que se percibia el toque del *cultran*, tamborcillo de la *machi*, señal de que ya estaba oficiando.

Miéntras oíamos ese toque, percibimos tambien en direccion contraria la trepidacion de la locomotora que anunciaba su entrada a la estacion vecina...

Llegados a los alrededores de la *ruca*, salieron a nuestro encuentro los acostumbrados anunciadores de huéspedes de los indios, sus perros, que nos ahullaron furiosamente; pero cuya catadura no infundia respeto. Avisado por estos ahullidos, compareció Lemunao, i amonestando a los canes, cesaron en sus demostraciones poco amistosas i se pusieron a mirarnos de léjos.

A la entrada de la *ruca* yacia la paciente sobre una frazada estendida en el suelo i cubierta con otra; estaba colocada en direccion de Oriente a Poniente, dando espaldas al Oriente; a su cabecera i pies se habia colocado ramas de canelo; medio arrodillada al lado de este lecho provisorio, oficiaba la *machi* cantando con acompañamiento del *cultrun*, asistida de una jóven que ajitaba pequeño calabazo que tenia en las manos, haciendo sonar algo que habia en su interior.

El instrumento que hemos nombrado *cultrun* es media esfera hueca hecha de madera cubierta de cuero i presenta una superficie plana a los golpes de un palillo, a uno de cuyos extremos, el que sirve para herir la superficie sonora, se arrolla hilos de lana de variados colores con el fin de suavizar el golpe. Dentro de este tambor se encuentran piedrecillas redondas cuidadosamente pulimentadas que se donominan *polkas*.

La ayudanta, especie de acólito, es indispensable en la ceremonia i en *mapuche* se la nombra *yeilcultrun*. Debe ser jóven.

El ruido producido por el calabacillo—*waza*—que es movido por la *yeilcultrun* en direccion de abajo hácia arriba se debe al choque en sus paredes de semillas secas de plantas parasitarias que las indijenas denominan coral.

La *machi* vestia el traje ordinario de las indias, sin los penachos de plumas de gallo en la cabeza como habiamos visto a sus colegas en otras ocasiones. Preguntado uno de nuestros intérpretes por la razon de esta falta de signos exteriores i de esta pobre indumentaria, nos respondió que cuando la *machi* venia de léjos acostumbraba ataviarse i no en otros casos.

Miéntras se procedia a la ceremonia, las mujeres de la *ruca* preparaban al fuego algunas legumbres i cuidaban de la coccion de una gallina que mas tarde nos fué ofrecida humildemente por el dueño de casa.

Cerca de la puerta, con los codos afirmados en las rodillas para sostener las palmas de las manos en que apoyaba la cara, habia una chilena que miraba con aire distraido sin

prestar atención alguna al desempeño de la *machi*. Era la mujer de un sujeto, que también estaba presente i que había sido soldado de carabineros, de los que en 1882 concurren a la fundación de Temuco. Este matrimonio vivía con los indios cultivando la tierra en compañía de ellos.

Cuando tomamos asiento, la *machi* no se interrumpió e hizo como que no se apercibiera de nuestra presencia; pero al cabo de unos momentos, en una de las pausas de su canto, reclamó de ella al dueño de casa, quien conjuntamente con nuestros acompañantes, la tranquilizaron manifestándole que de ningún modo pretendíamos burlarnos de lo que hacía. La *machi* pareció aceptar la explicación i continuó en su oficio sin preocuparse de nosotros.

El canto era monótono i se acompañaba del compás de un golpe dado en el *cultrun*; pero a ratos la *machi* se animaba, elevando la voz, pronunciando más rápidas las palabras i golpeando el instrumento continuada i rícidamente.

Tan extraña música era muy apropiada para provocar dolores de cabeza en quienes por primera vez la oían.

En la ceremonia se comprendían también ciertos movimientos de la *machi*, pues, ésta, incorporándose, colocaba el *cultrun* a la altura de la cabeza, haciéndolo funcionar con la ayuda del palillo; lo ponía después vertical sobre la frente, hiriendo siempre con furia el parche i cantando con entonaciones más cálidas.

El movimiento de las manos, el incorporarse i sentarse repetidamente i el canto le produjeron fatiga.

Descansó brevemente sin abandonar el lado de la enferma i, mientras tomaba aliento, le ofrecimos un cigarrillo que fumó con fruición.

Al disponerse a reanudar sus tareas, cojió hojas de canelo restregándose con ellas los brazos i la cabeza para evitar que el mal de la enferma «se le pegase», según nos lo explicó.

Poco antes de recomenzar la tocata, el padre de la paciente, se había acercado a la *machi* i permaneció a su lado hablándole con cierta quejumbrosa entonación que remedaba

canto, a fin de rogarle, se nos dijo, que procurase la mejoría de su hija i para infundirle ánimo en la prosecucion del trabajo.

La tocata siguió como ántes. Momentos mas tarde la *machi*, que cantando habia estado medio arrodillada junto a la enferma, se puso de piés i miró al sol; la *yeilcultrum* se le colocó delante i un muchacho, a su espalda. Finjió luego un desmayo dejándose caer suavemente en brazos de éste, que la sostuvo un rato en esa postura i prosiguió cantando acompañada del dueño de casa hasta que por fin, se enderezó.

El canto no era ya como al principio; tenia calor; animacion, cierta cadencia i notas suaves que agradaban al oído.

Entregó despues el *cultrum* a la ayudante i tomó de ésta el matecillo que tenia en sus manos haciéndolo funcionar a su vez i canturreando mas bajo.

De una palangana de madera llena de agua que habia a su lado tomó un sorbo i comenzó a rociar el aire. En seguida, descubriendo el cuello, brazos i pecho de la paciente los restregó con hojas de canelo que soplabá una vez usadas i las colocaba dobladas cuidadosamente, en un saquillo. Terminada esta operacion, lavó a toda conciencia las mismas partes empleando una especie de esponja i le chupó con furia cuello i rostro.

La *machi*, a medida que se ajitaba, se ponía nerviosa i como enajenada, haciendo mas violenta las succiones i silbando de un modo extraño cuando las suspendía.

Hecha cada succion, se pasaba con presteza la mano por la boca, como para estraer algo i hacia ademán de arrojar léjos el objeto invisible para los profanos que habia cogido.

Terminada estas operaciones, la *machi* se pasó esmeradamente hojas de canelo húmedas por los brazos.

La enferma que yacia de espaldas, se colocó de lado.

La *machi* se puso de piés i con una mano apoyada en el talle comenzó a balancearse cadenciosamente cantando acompañada de Lemunao.

Habló enseguida brevemente con la *yeilcultrum* para prevenirle que la ceremonia tocaba a su fin i darle algunas instrucciones.

Lemunao dijo algunas palabras en vos baja al ex-carabiniero i nosotros vimos que este sacó un puñal de la cintura i lo pasó a la *yeilcutrum*, que salió fuera tomando previamente una bocanada de agua i roció el aire en distintas direcciones.

La *machi* salió en pos i se colocó dando la cara al sol.

La jóven se le situó delante i le aplicó de plano el puñal sobre la frente, golpeándola en seguida con suavidad para sacarla del arrobamiento en que habia permanecido durante la ceremonia.

Los ritos de la curacion estaban concluidos.

La familia quitó las ramas de canelo i la enferma misma deshizo el lecho provisorio levantando los *pontros* i tomó asiento tranquilamente junto al juego.

Las oficiantes entraron a la *ruca* i se sentaron en el suelo al lado de ella.

Se les sirvió un plato frio, harina de trigo tostado con agua, *ulpo* i despues otro caliente: maiz cocido en agua i grasa, potaje que denominan los indios *pisco*.

Pudimos, entónces, conversar familiarmente con la *machi* i supimos que se llamaba Amuifil, pero que su nombre chileno era Maria.

Amuifil fué *machi*, segun lo dijo, porque tanto su abuela materna como paterna lo habian sido i ella era la nieta de mas edad. Ademas, cuando pequeña estuvo enferma de un «pasma que se le entró debajo de los brazos», i se le hizo saber que no sanaria hasta que se hiciese *machi*; siguió el consejo i no ha vuelto a sufrir esa enfermedad.

—¿Puede decirme qué tenia la enferma? le preguntamos.

—*Huecuvo*s que la acaloraban, nos respondió gravemente i con suficiencia profesional.

—I dónde están ahora esos *huecuvo*s?

—Se arrancaron de aqui, replicó riendo.

—Qué mal le producian a la enferma esos *huecuvo*s?

—Desmayos i no la dejaban dormir, nos respondió, recordando el aplomo i seriedad profesional.

—I qué va a hacer Ud. de las hojas de canelo que puso en la bolsita?

—Las voi a botar, repuso i no pudimos averiguar mas.

Uno de nuestros intérpretes nos agregó otras esplicaciones, manifestándonos que en remolinos de viento existian los *huecuos*, que uno de los remolinos «se paró» en el cuerpo de la enferma i que toda la labor de la médica consistia en hacerlos salir.

Antes de que partiera la *machi* i mientras comia, fué Lemunao a presentar al marido de ésta sus agradecimientos por haberla permitido que hiciera la curacion.

Nosotros lo acompañamos.

La *ruca* estaba vecina.

Algunos pasos frente a la entrada notamos grueso tronco de roble, pulimentado en grosera forma al que en toda su longitud se le habia practicado especies de gradas a fin de que se pudiera ascender. En la parte superior presentaba espacio bastante para que una persona pudiera mantenerse de pies. Se sujetaba a este tronco, por medio de amarras de lazos de *voqui*, frondosas ramas de canelo, secas ya, de las cuales pendian vasijas llenas de *mudai* i de sangre de cordeiro coagulada.

Es el *rehue*, que se advierte de rigor en las *ruca*s de las *machis*.

Brevemente nos detuvimos con Lemunao en esta casa.

Pocos momentos de llegar otra vez a la *ruca* del indio nombrado, partió de ella la *machi*, acompañada de éste que le llevaba el *cultrun*, por ser costumbre entre los indijenas, que al regresar a sus casas las *machis*, un miembro caracterizado de la familia a la cual ha prestado sus servicios, le lleve ese instrumento.

Al despedirnos de nuestros huéspedes, preguntamos a Juanita Rosa si se habia mejorado i nos respondió que sí i que antes que la *machitucaran* no podia ni siquiera alzar la cabeza.

Miéntas nos dirijimos a pié a la estacion para tomar el ferrocarril que nos volviera a Temuco, comentamos con nuestros intérpretes la ceremonia, a uno de los cuales interrogamos acerca del motivo por qué se habia permitido la presencia de un perro en la *ruca*, cuando habiamos notado en otras que los *mapuches* trataban de alejar a estos animales apostando en distintos puntos individuos con largas *quilas* para ahuyentarlos, i nos respondió que era tambien costumbre no permitirlos en los *machitunes*, pero que la *machi* que acababa de officiar no era mui *delicada*.

Nos refirió el mismo indijena que estando gravemente enfermo uno de los miembros de su familia, se llamó a la famosa Añileo, *machi* elocuentisima en sus cantos i oraciones, i tanto, que hacia llorar a los que la escuchaban.

La causa de la enfermedad, segun la doctora, se debia a que el retrato inmaterial, el espíritu de la paciente habia sido llevado por los brujos—*calco*—a una cueva—*reno*—i para que recobrarla la salud era menester que ese espíritu volviera a su morada ordinaria.

Al segundo dia del *machitun*, que se llevó a efecto con este objeto, mui de madrugada, Añileo hizo subir al techo de la *ruca* a un indio a fin de que llamara a todo grito al espíritu cautivo i ella misma desde la puerta se puso a llamarlo furiosamente.

El prisionero no fué rebelde a semejantes vociferaciones, pues, otro indio colocado a la distancia i de manera que no pudiera ser visto haciendo el papel de espíritu, respondió que pronto acudiría . . .

Mas tarde, despues de bailar, cantar i tocar el *cultrum* al lado de la enferma, Añileo, fuera de la *ruca*, comenzó a dar saltos furiosos hácia arriba estirando en alto con grandes esfuerzos los brazos como para cojer algo, mostrando alborozado enseguida algunos pedazos de tela iguales al vestido de la enferma, en comprobacion de que el espíritu habia comparecido al conjuro . . .

No obstante, la paciente murió . . .

I no por el desenlace fatal, dejó la *machi* de percibir su honorario en forma de bueyes i caballos.

El intérprete Juan Bautista Urrutia Loncon, indijena de pura raza, que durante la ceremonia, lápiz en mano, estuvo atento tomando nota de los cantos de la *machi*, nos entregó, al fin de ella, algunos trozos que pudo apuntar, los que tal como fueron escritos por el *mapuche* i con la version hecha por él mismo i la exacta colocacion que le dió, trascribimos a continuacion:

CANTO DE MACHI

1.º

¿Qué tienes en tu corazon?
 ¿Qué te duele?
 ¿Por qué no te levantas?
 Te encuentro mui triste
 Parece que tus piernas no son pier-
 nas
 Tu cabeza no es cabeza
 Tu brazo no parece brazo

2.º

Mi corazon
 no es corazon
 está de otra forma
 Mi cuerpo
 no es cuerpo
 mi cabeza no
 es cabeza
 Mi cabeza está pesada
 como piedra
 Estoy mui triste

ILCANTUN MACHI

1.º

Chem nieimi piuquemeo
 Chem cutrani
 Chumñelo huitraluimi
 mute hueñagquilami
 Tami chan, channo.
 Tami lonco, lonconó
 Tami lipang lipang
 triilai

2.º

Tañi piuque
 piuque nó
 cuñechuetui
 Tañi anca anca
 nó
 Tañi loncó lonco
 nó
 Tañi loncó fanci
 curareque
 Mute hueñagnlen

3.º

3.º

Vengan a levantarme
 Vengan ayudarme
 a pelear
 todos ustedes
 vengan armados
 Ya vienen mis mozos
 Se mueve la tierra
 donde ellos vienen
 Vamos a batallar
 a contrarios
 no hai que acobardarnos
 Ya vamos ganándole
 a los contrarios
 que nos castigaban
 a nosotros
 Ya se acobardó
 el contrario mas guapo

Quipamun huitran
 mupachi
 quipamun
 quellumupachi
 quechuanmeú
 com eimun
 quipamun neuén;
 quipahuiyei ta ñi coná,
 negn i mapu
 ñi quipan egn
 quehuain mai
 pu caiñé;
 llicanlayainmai
 дума petu huenff
 iñ pu caiñé
 taiñ adcaqueto
 inchiñ
 deu llicai tain
 doi guapo caiñé

4.º

4.º

Encontrándose
 enferma la niña
 han buscado
 ustedes la medicina

Tañi cutran
 quilen me ta
 Ilcha domo en
 quituim lagüen
 ñelo

i con deseo saber
 que enfermedad
 tiene la niña

upaquin lo eimun
 chen cutran nien
 Ilcha domo

La enferma
 encontró
 un viento malo
 i de eso está

Ta cutran
 Traff
 quiñe Meulen
 feineu ta

enferma
pero no muere
se alivia
cada dia mas
despacio

cutranquilei
Huelo lalayai
Tremoai
quiñe mufu antimeu
ñochi meo.

EULOJIO ROBLES RODRÍGUEZ.

Temuco, 1907.
